

Hay analogías infalibles que no se pueden desdeñar en el verdadero método, único medio de resucitar hechos y cosas desaparecidas en una parte del todo y en un momento del tiempo. No quiere esto decir que lo homogéneo haya desaparecido enteramente del lenguaje; pero, si por homogeneidad se entiende, como parece haberlo entendido aquel escritor, la carencia más completa de formas, la ausencia absoluta de complicación, la forma más pura de lo homogéneo sería un monosilabismo sin entonaciones. En este caso lo homogéneo habría durado acaso un solo día. Sucede, pues, con el lenguaje, en su origen y en sus transformaciones, lo mismo que sucede con la vida vegetal ó animal. Para aclarar tales misterios hay que recurrir al germen ó al hembra, que es la raíz.

Surgen ahora otras cuestiones que no dejan de tener importancia para nuestro objeto: El lenguaje ¿es un producto de la reflexión ó es espontáneo? ¿Es consciente ó inconsciente?

Será preciso distinguir aquí el fin de los medios. Es preciso, ante todo, considerar al hombre en el origen del lenguaje, como tal hombre, es decir, con todas las facultades físicas, intelectuales y morales en germen por lo menos. Si la inteligencia humana debe al lenguaje su gran desarrollo actual, ella no le debe la *inteligencia misma*, el poder de comparación y de causalidad; y, por lo tanto, un principio de reflexión existía ya en el hombre, que no había de ser menos que algunos animales superiores: el mono, el elefante, el perro, que le tienen en cierto grado de iniciación. Cuando los hombres llegaron á pronunciar los primeros monosílabos, *quisieron* indudablemente nombrar un objeto, expresar una idea. Y la prueba de que quisieron es que el objeto quedó nombrado y la idea expresada y comprendida.

El lazo de unión apretado por la voluntad entre el objeto y el nombre ya no se desató jamás. Es, pues, el lenguaje, un producto de la actividad humana, voluntario, intencional, consciente, respecto á los medios empleados para comunicar el hombre sus ideas ó pensamientos. ¿Sucede lo mismo respecto al fin? ¿Puede decirse que el lenguaje en general, ó un idioma determinado en particular, son productos también de la actividad voluntaria y consciente de las sociedades humanas?

Cuando se estudia una lengua se queda uno pasmado de la sabiduría que encierra. Parece un todo armónico; se siente inclinación á creer que obra tan admirable debió salir perfecta en un momento dado de una inteligencia única; y, sin embargo, esto no es posible; el lenguaje está hecho por todos. En las variaciones que sufren los idiomas en épocas determinadas, vemos al pueblo entero tomar parte en su formación. Así debió ser siempre. Pero ¿cómo atreverse á sostener que piedras llevadas y arrojadas sin orden ni concierto por hombres que no están de acuerdo entre sí, lleguen á formar por sí solas un edificio arquitectónico? Y esto es lo que sucede en el lenguaje. Hay algo misterioso y desconocido sobre la humanidad.

¿Es la inteligencia universal que abarca y domina sin dejarse sentir las inteligencias individuales? Sea lo que fuere, hay algo que no comprendemos y que armoniza, relaciona y somete á plan general los trabajos aislados é inconexos de los hombres; no de otro modo los pólipos del coral trabajando, sin verse unos á otros, producen figuras regulares y armónicas.

Es, pues, el lenguaje, voluntario, consciente en cuanto á los medios, y espontáneo, inconsciente é irreflexivo en cuanto al fin; entendiendo por medios los elementos y por fin el conjunto.

Si el lenguaje empezó, pues, por la forma monosilábica, debió elevarse por la aglutinación á la flexión. Esto mismo forma el fondo esencial de las apreciaciones de dos ilustres filólogos: Bunsen y Max Muller, que llegaron á este resultado teniendo en cuenta la ley del progreso que es la misma que hoy, observaciones más universales, han fundido en la de evolución (1).

Tenemos, pues, que el hombre, en el mero hecho de querer expresar sus ideas, había llegado á cierto grado de desenvolvimiento intelectual que le distinguía del resto de los animales; que este grado de inteligencia pudo haber llegado á su máximun con relación al nivel intelectual de la época, en un grupo de familias determinadas, en virtud de las leyes de selección y herencia y del ejercicio mayor de aquella facultad por circunstancias especiales. Ahora, entre la especie humana que debemos suponer ya suficientemente desenvuelta, ¿no hubo más que un centro en tales condiciones?

Casi se puede responder que no. La naturaleza, ni aun en las grandes crisis ó momentos de creación hace nada supérfluo. Con la menor cantidad posible de trabajo consigue los mayores fines. Una sola forma le basta para sacar de ella la infinita variedad. Sin embargo, esto no es evidente en lingüística. El estudio de la comparación de los idiomas aun está muy lejos de su término. Por nuestra parte, nos inclinamos á creer que las lenguas cuyo parentesco no se encuentra ó que no pueden reducirse á formas conocidas, están mal estudiadas ó no lo están profundamente;

(1) Bunsen, *Outlines of the Philosophie of universal history*. Max Muller, *Comparative Mitology*, artículo en Oxford. Ensayos y su obra *Survey of language*, Londón, 1850.

pero si un día, aquel en que la filología comparada, tocando ya sus límites, asegurase que tal idioma fuera irreductible por completo, habría que optar por los diferentes centros. No obstante, como las raíces primordiales usadas por las primeras tribus fueron en tan pequeño número, separándose las variedades en seguida, el lazo de unión, entre dos idiomas apartados y completamente diferentes en sus formas, pudiera consistir únicamente en dos ó tres términos comunes y ya desfigurados, lo cual es una gran dificultad para poder notar su aproximación y probar la pluralidad de centros de creación.

Figurémonos una pequeña tribu única en la humanidad y poseyendo unas pocas docenas de monosílabos, suficientes por entonces á las exigencias de su tosca sociedad. Puede hacerse el ejemplo más palpable para que no se crea arbitrario ni desprovisto de analogía. Figurémonos mejor, que la humanidad entera desapareciese sin dejar un resto tan siquiera de su civilización, y exceptuemos tan sólo de este cataclismo á los negros habitantes de la isla de Adaman que, según recientes observaciones del cirujano inglés M. Hood, se encuentran en condiciones parecidas á las de la tribu que hemos supuesto arriba. «Ellos son de un negro pronunciado y ceniciento, débiles de cuerpo, bajos de estatura, horriblemente feos y su lenguaje se compone de muy pocos monosílabos.» Si una parte de esta tribu se viese en la necesidad de emigrar y de fijar su residencia en otro país, es claro que estableciéndose nuevas relaciones entre el medio anterior y el sujeto, nuevos monosílabos, nuevas entonaciones se agregarían al contingente antiguo del lenguaje. Una nueva asociación de ideas tendría lugar ante el cambio completo de decoración. El paisaje no es el mismo ya; las montañas son más altas ó des-

aparecen; los ríos se ensanchan ó disminuyen; los árboles presentan otro aspecto; nuevos animales de formas y costumbres diferentes se presentan ahullando, rugiendo ó chillando de diferente modo. La onomatopeya no puede menos de ganar con este cambio. Hé aquí que este pueblo crece, se extiende y llega á crearse nuevas necesidades que producen nuevas separaciones. Cada una de estas rupturas trae consigo por precisión grados de desarrollo en el lenguaje. De etapa en etapa los descendientes de la tribu primitiva llegan á separarse de ella millares de leguas y millares de años. El observador que penetrase ahora en el estudio de la lengua correspondiente á uno de estos últimos pueblos comparándole con el de la tribu originaria, no encontraría parecido alguno. Las palabras se habrían multiplicado extraordinariamente, y una gramática complicada habría sucedido á la primitiva sencillez. Los primeros monosílabos agrupados, desfigurados, confundidos con mil extraños elementos estarían perdidos y no podrían reconocerse á primera vista. El filólogo, satisfecho de esta comparación, no tendría inconveniente en asegurar bajo su firma que entre el pobre, miserable y simple idioma de la isla Adaman, y el rico, complicado y heterogéneo de aquel otro pueblo superior, no se encuentra parecido alguno, y acaso llevaría su audacia deductiva hasta decir que ni ahora, ni nunca, tuvieron nada que ver uno con otro, los dos idiomas. Pero los estudios continúan, y una de aquellas lenguas intermedias viene á ser á su vez objeto del estudio. ¿Qué sucede entonces? Nuevas relaciones se descubren, los monosílabos primitivos, aunque en parte desfigurados, se dejan entrever. Hay alguno que conserva el mismo significado. Formas incipientes y gramaticales, por otra parte, indican el origen de las que en grado mayor de desarrollo se

encuentran en el idioma superior. Algunas palabras son, salvo ligeras deformaciones, iguales en el uno y en el otro. Si los estudios continuasen á conciencia, es posible que el lenguaje dejase de tener misterios para el hombre.

A los que hace cien años se hubieran atrevido á decir que el griego y el sanscrito, el latín y el alemán procedían de un origen común, les habrían tenido por extravagantes. Pues bien; no solamente está probada hoy la unidad de los idiomas indo-europeos, sino que ya se ha abierto camino en la ciencia la opinión de que las lenguas semíticas debieron su origen también á una fuente anterior común á las dos razas. ¿Por qué, pues, se habrá de perder la esperanza de traer á la unidad monosilábica todas las lenguas humanas? Es curiosa la confesión que se escapa á M. Renan, el gran enemigo de la evolución del lenguaje y de su unidad: «Tal es, dice, la facilidad con la cual el sistema de lenguas semíticas se deja reducir al estado más simple, *que se siente uno tentado á creer en la existencia histórica y en la prioridad de este estado*, en virtud del principio tan frecuentemente engañoso de que la simplicidad es anterior á la complejidad (1).»

Ya haremos notar más adelante la causa principal de este extravío; por lo demás, esta unidad monosilábica del lenguaje que cada vez se impone con más fuerza, y cuyas graves consecuencias tanto teme Renan, ha sido adoptada como él mismo sabe por Michaëlis, Adelung, Klaproth, Gesenius, G. de Humboldt, Bunsen, y últimamente por Max Muller y Wihtney.

Las famosas raíces trilíteras consideradas irreduc-

(1) *De l'Origine du langage*, pág. 107, y su *Histoire general des langues semitiques*; lib. 1.º, cap. 3.º, pár. 1.º y lib. 5.º, cap. 2.º, pár. 1.º

tibles en un principio, han acabado después de un estudio más detenido y profundo de los verbos cóncavos, geminos é imperfectos, por ser reducidas á las dos letras radicales del monosílabo, elemento primero de las lenguas semíticas como de las demás. Los hebreos, en sus etimologías, suponían siempre raíces bilíteras y no trilíteras, prueba de que creían modernas estas últimas.

Fürts, Delitzsch y otros sostienen que los semitas y los indo-europeos han hablado en común una misma lengua rudimentaria, análoga á la lengua china, y cuyos elementos se encuentran en las raíces bilíteras del hebreo. Renan afirma, que en efecto, éstas ofrecen con el indo-europeo las aproximaciones mas aceptables. Estas dos razas se habrían separado antes de la formación ó desenvolvimiento completo de las radicales y antes de la aparición de la gramática. Cada raza, luégo, pudo crear á parte sus categorías gramaticales sin otra relación que similitud de genio. En esta opinión se colocan Bopp, G. Humboldt, Ewald, Lassen, Lepsius, Benfey, Pott, Keil, Bunsen, Kunik, Steinthal, etc., y hasta Eugenio de Burnouf, aunque vacilase en esta vía peligrosa, según Renan. No se comprende por qué tiene este ilustre escritor tal opinión y se reserva la suya. ¿Será porque ataca su sistema?

Se ha observado que estos monosílabos raíces están formados casi todos por las onomatopeyas, y que tanto en las lenguas indo-europeas como en las semíticas son iguales y tienen las mismas ó parecidas significaciones. «Es sorprendente, dice el mismo Renan (1), que para expresar la acción material, el hombre primitivo, todavía tan simpático á la naturaleza, apenas

(1) *Histoire general des Langues semitiques*, pág. 460.

separado de ella, haya tratado de imitarla y que la unidad del objeto haya por todas partes arrastrado la unidad de la imitación.» M. Renan no puede persuadirse de que estos parecidos naturales prueben la identidad de origen, y en algunos casos no le falta razón, porque, á igualdad de causas, igualdad de efectos; pero el gran obstáculo que le impide asociarse á la opinión de los más y de los más sabios, es la imposibilidad, para él, de que *puedan adivinarse á priori* las vías infinitamente múltiples del espíritu humano.

Es aquí donde más resaltan las huellas que en su clarísima inteligencia dejaron los sistemas metafísicos, y que marcan perfectamente la concepción de su teoría lingüística. Ha sido error común de todas las escuelas idealistas considerar en el espíritu humano el mismo grado de *infinidad* y excelstitud en todos los tiempos. Esto no podía menos de ser así, dado el prejuicio dominante: el hombre perfecto en cuanto hombre desde el primer día. Algunos filólogos fueron más lejos aún, suponiendo en el principio un estado de perfección superior al actual. No es menester hacer notar la influencia que afirmaciones de tal magnitud, sin otro fundamento que pruebas *a priori* ó una revelación sobrenatural, pudieron ejercer en los sistemas.

No llevaremos adelante la refutación de aquella teoría; primero, porque apenas es necesario ya, dados sus pocos partidarios en lingüística, y segundo, por que procede de enseñanzas metafísicas ó de sentimientos religiosos, que en cierto modo traspasan los límites de la esfera científica. Por lo demás, Grimm acabó de arruinar la teoría del origen revelado del lenguaje, ó lo que es lo mismo, su aparición en el más alto grado de síntesis desde el primer día.

No nos detendremos tampoco en los detalles de los

cambios que se operan en el tránsito de las palabras de unas lenguas á otras, porque pueden ser estudiados en diferentes obras, y, sobre todo, en la del profesor Whitney, que se ha ocupado en esto últimamente con suma perfección (1). Resulta, pues, que ya sea uno ó bien sean varios, aunque pocos, los centros de aparición del lenguaje, siempre tendremos que el estudio comparado de los diferentes idiomas ha descubierto, y descubre todos los días, nuevas aproximaciones y semejanzas entre ellos, y que si formas más antiguas del griego, del latín, del alemán y del sanscrito han podido ser encontradas en el aryaco, no hay razón para que, estudiando mejor las lenguas aglutinadas, dejen de encontrarse también otras más antiguas y originales formas, procediendo, como no puede menos, la flexión de la aglutinación.

Hay una tendencia moderna en la lingüística que induce á no reconocer parentesco entre ciertas lenguas si no resultan grandes semejanzas en sus formas gramaticales, descuidando bastante la comparación de las raíces. Sucede con esto lo que con otras cosas, que suele pasarse de un extremo á otro. El error de la antigua escuela era, en efecto, el descuido de la gramática, forma esencial de las lenguas para seguir la vía de la etimología, vía engañosa ciertamente, porque de la identidad de algunas raíces en varias lenguas, que puede ser producto de un encuentro fortuito ó de extractos hechos de unas á otras, no se podría concluir de una manera exacta nada respecto á la afinidad original de aquéllas. Hoy, en cambio, se presta casi toda la atención al estudio de las formas gramaticales.

Es cierto que hay idiomas que pierden por la mez-

(1) *La Vie du langage*, págs. 38 á 147.

cla de los pueblos gran parte de su vocabulario, conservando no obstante su gramática y viceversa; pero éstas son excepciones, y casi puede asegurarse que allí donde las raíces coinciden, la reducción de formas gramaticales llegará á ser hecha con el tiempo. Por otra parte, el estudio de las formas no podrá dar todos sus frutos si no se empieza por conocer y comparar las raíces. En lenguas poco ó nada conocidas sería preferible iniciarse en la etimología para penetrar despúes en la gramática. ¿Cómo darse cuenta, por ejemplo, de las complicadísimas formas del verbo eúskaro, si se desconoce el significado de las raíces arcaicas? Al estudio y descomposición del verbo en esta lengua como en otras es á donde deben de ir á parar todos los esfuerzos; porque él es la principal forma gramatical que depende de la extraña agrupación, forma que no se puede descifrar sin previo conocimiento etimológico. El principio de la investigación lingüística debe, pues, tener por base la etimología, sin la cual los componentes de las palabras no tienen sentido. Prescindir de esto para entregarse solamente al examen de las formas gramaticales, sin tener aún suficientes datos para la comparación, empeñándose en considerar las lenguas desde su principio como sintéticas y acabadas, es faltar al método por creer en un origen milagroso del lenguaje.

El abuso que los Goropius, Becanas y Court de Gebelín, han hecho de la etimología, ha traído por algún tiempo su desprestigio, y todavía se resiente hoy el mundo científico de esta reacción. Sin embargo, todos están convencidos de que la etimología conducida con método puede procurar buenos servicios. Nosotros vamos más lejos; tenemos la seguridad de que el éxito en la reducción de lenguas aglutinadas depende de la exactitud del procedimiento etimológi-

co. Este debe tener por base las palabras mejor conservadas en su forma y representación. Estas palabras no pueden ser otras que los nombres míticos. Una palabra verdaderamente arcáica, conservada en una lengua antigua y guardando, mejor que en otras, las raíces primitivas y el significado mítico y sagrado, es difícil que no venga del período de origen ó de vida íntima primitiva de las razas, y no pueda explicar los mitos de los otros pueblos en cuyas lenguas se conserva menos pura y sin significado, pero conservando todas las huellas de la identidad.

A los que desconfíen ó guarden prevenciones respecto de esta clase de estudios, debemos observar que los tiempos en que hombres como Platón buscaban y creían etimologías arbitrarias ó absurdas, han pasado ya, y que, si á pesar del método empleado, el investigador cae en algún error, no debe achacarse á la materia propuesta que no tiene nada de irresoluble ni ridículo; al contrario, los datos abundan, y de su comparación surgen coincidencias que si no son una prueba plena de la unidad, preparan el camino para llegar á ella.

EL TURANISMO.

Cualquiera que lea los clásicos, dice Bagehot, encuentra su mitología fastidiosa. «En este mundo antiguo, tan parecido al nuestro, en Grecia, en Roma, encontramos un elemento arcáico inverosímil; es el producto de una antigüedad remotísima, tan incomprendible para ellos ó más que para nosotros (1).»

Es, en efecto, este elemento arcáico el que se muestra rebelde siempre á la interpretación, por no haberse elevado los exegetas á la época remotísima en que apareció. Si el griego, el sanscrito y el latín no son capaces de darnos razón de él, preciso será apelar á idiomas anteriores, y que hayan conservado mejor las formas primitivas y la antigua significación. Hemos dicho ya cuales son, en nuestro concepto, las lenguas inmediatamente anteriores en la evolución á las aryanas y semitas; concepto idéntico al de la mayor parte de los profesores modernos de lingüística. Sabido es que la ciencia filológica divide las lenguas, según el orden de su aparición, en monosilábicas,

(1) W. Bagehot, *Lois scientifiques du développement des Nations*, París, 1872.